

## LA ISLA DE LOS GORRIONES

(ENCUENTRO EN EL SENA)

En aquella época no padecía yo todavía de reuma, y durante seis meses del año trabajaba en mi lancha. Era á diez leguas río arriba de París, en un precioso recodo del Sena, un Sena de provincia, campestre y nuevo, invadido de cañas, de iris, de nenúfares; un Sena que arrastraba manojos de hierbajos y raíces, en los cuales se posaban, se dejaban ir

con la corriente, los pajarillos fatigados de volar. A una y otra orilla, sembrados de trigo y viñedos; aquí y allá salpicadas, algunas islillas llenas de verdura, la *isla de los empedradores*, la *isla de los gorriones*, muy pequeñita, verdadero ramo de juncos y de plantas acuáticas, la cual había yo convertido en mi punto de escala predilecto. Empujaba mi canoa entre los juncos, y cuando había cesado el cimbrearse de las cañas, formaban éstas una pared cerrada detrás de mí, un puertecillo de agua clarísima, resguardado por la sombra de un sauce, que me servía de gabinete de trabajo, con dos remos cruzados por pupitre.

Me agradaba aquel olor á río, el ruido producido por los insectos rozando con las cañas, el murmullo de las hojas agitadas por el viento, toda aquella agitación misteriosa, infinita, que el silencio del hombre despierta en la naturaleza. ¡Qué feliz le hace á uno ese silencio! ¡Cómo tranquiliza! Mi isla estaba más poblada que París. Oía yo cazarse sobre las hierbas, perseguirse los pájaros, y sacudir las alas, mojadas en el río. No

les daba cuidado mi presencia, ó me tomaban por un arbusto. Las monjitas de manto negro se me paseaban por la nariz, y las golondrinas venían á ver hasta debajo de los remos.

Un día, al entrar en mi isla, veo invadida mi soledad por una barba rubia y un sombrero de paja. El intruso no pesca; se encuentra tendido en la lancha y con los remos cruzados como los míos. El también trabaja; trabaja en mi casa... En el primer momento los dos hicimos el mismo gesto. Sin embargo, nos saludamos. No había más remedio; la sombra del sauce era pequeña, y nuestras dos lanchas se estaban tocando. Como no parecía dispuesto á marcharse, yo me instalé sin decir palabra; pero aquel sombrero y aquella barba tan cerca de mí me impedían trabajar. Probablemente yo le estorbaba también. Su inacción nos hizo hablar.

Mi canoa se llamaba la *Arlesiana*, y el nombre de Jorge Bizet nos hizo entrar en relaciones en seguida.

—¡Conoce usted á Bizet! ¿Sería usted por casualidad artista?

La barba sonrió, y contestó modestamente:

—Me ocupo de la música.

Por lo general, los hombres de letras tienen horror á la música. Bien sabida es la opinión de Gautier sobre «el más desagradable de todos los ruidos.» Le-



conte de Lisle y Banville tienen la misma. En cuanto abren un piano, Goncourt encoge la nariz; Zola recuerda vagamente haber tocado algún instrumento allá en su juventud; no sabe ya cuál era. El

bueno de Flaubert tenía sus pretensiones de gran músico; pero era por agradar á Tourguénef, quien, en el fondo, no gustaba de más música que la que hacían en casa de las Viardot. A mí me agradan todas, todas, la sabia y la ingenua, la de Beethoven, Glück y Chopin, Massenet y Saint-Saëns, una tarantela, el *Fausto* de Gounod, y el de Berlioz, las canciones populares, los organillos ambulantes, el tamboril y hasta las campanas. Música que hace bailar, música que

hace soñar, todas me hablan, todas me producen una sensación. La melopea wagneriana se apodera de mí, me arroja, me hipnotiza, como el mar, y los con-



ciertos de unos gitanos me dejaron sin ver la Exposición.

Cada vez que aquellos condenados violines me cogían al pasar, no podía seguir adelante. Tenía que quedarme allí oyéndolos hasta la noche, delante de una copa de vino de Hungría, con la garganta apretada, los ojos como los de un loco y el cuerpo todo sacudido al compás de los nerviosos acordes de aquella música.



Aquel músico, caído en mi isla como llovido del cielo, se captó mi simpatía. Se llamaba León Pillaut. Talento, ideas, buen cerebro; pronto congeniamos. Precedentes, poco más ó menos, de las mismas cosas, nuestras paradojas hacían causa común. Desde aquel día mi isla fué tan suya como mía; y como su lanchita, un bote sin quilla, se columpiaba horrorosamente, tomó la costumbre de venir á hablar de música á la mía.

Su libro, *Instrumentos y músicos*, que le ha valido ser nombrado profesor del Conservatorio, le bullía ya en la cabeza, y me lo contaba. Ese libro lo hemos vivido los dos juntos.

Encuentro la intimidad de nuestra charla entre sus renglones, como veía burbujear el Sena entre mis cañas. Pillaut me decía cosas absolutamente nuevas sobre el arte. Músico de talento, educado en el campo, su finísimo oído ha retenido y anotado todas las sonoridades de la naturaleza; oye como ve un paisajista. Para él cada ruido de alas tiene su estremecimiento particular. El zumbido confuso de los insectos, el roce de las

hojas otoñales al caer de los árboles, el rodar del agua de los arroyuelos sobre los guijarros, el viento, la lluvia, las voces lejanas, los trenes en marcha, las ruedas de los carros, toda esa vida campestre la encontraréis en su libro. Y otras muchas cosas también, críticas ingeniosas, una agradable erudición de fantaseador, la biografía poética de la orquesta y de todos los instrumentos, desde la viola hasta la trompa, está hecha allí por primera vez. Hablábamos de eso á la sombra de nuestro sauce, ó en algún ventorrillo de la orilla del río, bebiendo vino blanco, comiendo una sardina arenque, entre canteros y gente de mar; hablábamos dándole al remo, coreteando el Sena y lo imprevisto de los riachuelos afluentes á él.

¡Oh! ¡Aquellos paseos nuestros por el Orge, bonito riachuelo, onduloso, negro de sombra, lleno de hierbas olorosas, como un riachuelo de Oceanía! Bogábamos sin rumbo fijo. Algunas veces pasábamos por delante del jardín de una casa lujosa, donde se veía la cola de un pavo real blanco y señoras vestidas de blan-

co también. Un cuadro de Nittis. En el fondo, el castillo medioeval, escondido en la sombra de opulentos árboles, y animado por sonoros trinos y por el gorjeo de las aves de lujo.

Más allá volvíamos á encontrar las flores silvestres de nuestra isla, las ramas, los sauces temblones y retorcidos, ó bien algún viejo molino, tan alto como una fortaleza, con su puentecillo lleno de verdura, sus grandes paredes agujereadas de una manera irregular y el techo cargado de palomas, con su continua agitación de aquellas alas que parecían estar puestas en movimiento por la maquinaria del molino... ¡Y aquel regreso dejándose llevar por la corriente y cantando aires de la tierra!... Gritos de pavor real se oían en los ya desiertos jardines; en medio de un prado se veía el carretoncillo del pastor que se ocupaba en recoger su rebaño para encerrarlo. Asustábamos al martín pescador, el pájaro azul de los ríos pequeños; nos agachábamos á la entrada del Orge para poder pasar por el arco del puente, y de pronto se nos aparecía el Sena, que envuelto en

las brumas del crepúsculo, nos daba la impresión de alta mar.

Entre tantas deliciosas excursiones me ha quedado una en la memoria: un almuerzo de otoño en una posada á la orilla del agua.

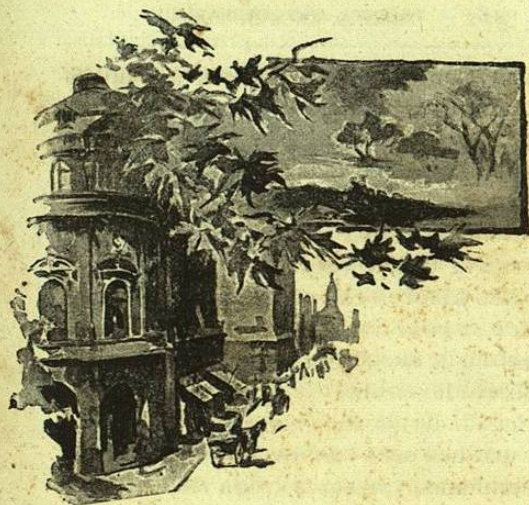
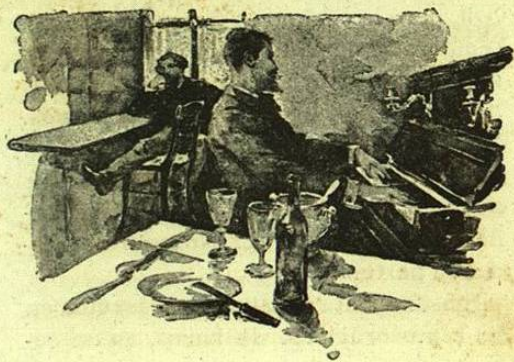
Me parece estar viendo todavía aquella fresca mañana, el Sena agitado, triste, el campo magnífico por el silencio, y el grisecillo que á través de la niebla nos obligaba á levantarnos los cuellos de los abrigos...

La posada estaba un poco más arriba de la esclusa del Coudray, una antigua parada de diligencias, adonde van á celebrar el domingo los señores de Corbeil, pero la cual no es frecuentada en la temporada de mal tiempo más que por la gente de la esclusa y los tripulantes de los lanchones y de los remolcadores. En aquel momento humeaba el guisado. ¡Dios mío! ¡Qué rico olor á coles desde que se arrimaba uno á la puerta! «Caballeros, que tiene carne. ¿No quieren ustedes su parte?»

Era exquisita aquella carne servida en un plato ordinario de barro, en un co-

medorcillo empapelado al estilo burgués.

Cuando acabamos de comer y encendimos las pipas, nos pusimos á hablar de Mozart. Fuera, en la terraza de la posada, veía yo por entre los deshojados árboles, un columpio, un juego de bolos, los blancos de un tiro de ballesta, con el aspecto triste que tienen los sitios de recreo cuando están abandonados. «¡Holal Aquí hay un clavicordio,» dijo mi compañero levantando la funda de una mesa cargada de platos. Teclea el instrumento, le arranca unas cuantas notas cascadas, temblonas, y hasta la caída de la tarde nos embriagamos con Mozart.



FROMONT, MENOR, Y RISLER, MAYOR

La primera idea de *Fromont, menor*, se me ocurrió en un ensayo general de *La Arlesiana*, en el teatro del Vaudeville.

Sobre el fondo de una magnífica decoración de Camargue, que los mecheros de gas hacían brillar asombrosamente, iba la pastoral desenvolviendo sus esce-